

va á hacer? Si tu mujer reflexiona nada más que dos minutos, comprenderá que ver á Eva en su casa ó verla en su cuarto del teatro, viene á ser lo mismo. La señorita Brillant no es una cualquiera. Hay personas á casa de las cuales no se tiene el derecho de ir sin que se diga: ¡oh! ¡oh!; pero con esta gran artista se puede hablar de muchas cosas que no se refieran al amor.

—Sí, todo esto es justo, verdadero, aceptable; pero á condición de que no se esté prevenido.

—¿Quieres que vaya á la plaza de los Estados Unidos y hable con tu mujer?

—No; semejante paso agravaría la situación. Además, entre Susana y yo no hacen falta intermediarios.

—¿Qué vas á hacer?

—Volver á Saint-Cloud y esperar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No; ven á almorzar mañana con Lavirón. Avisale, y venir juntos. Adiós, estoy inquieto; presiento que va á sucederme una desgracia.

—Vamos, no digas locuras. Espera, voy á acompañarte hasta la estación. Si al llegar allí me necesitas, telegráfame y correré á tu lado.

—Gracias, amigo mío—dijo Derstal con los ojos llenos de lágrimas.—Tú me crees, tú sabes que no soy un trapacero.

—Tu mujer también te creará. Te quiere.

Derstal, por toda respuesta, meneó la cabeza. Una vez en Saint-Cloud, se instaló en su gabinete,

y en la obscuridad de la noche, que por momentos se hacía más intensa, dejó pasar el tiempo escuchando el *tic-tac* melancólico del reloj que marcaba la marcha de las horas.

La doncella interrumpió su sombrío ensueño, entrando en el gabinete:

—Señor, pronto van á dar las ocho..... La señora no ha venido..... La comida está dispuesta hace rato..... ¿Quiere esperar todavía el señor?

Aquella pregunta precisa devolvió á Derstal el sentido de la realidad. Comprendió que era preciso adoptar una actitud ante los criados, y dijo:

—Es seguro que la señora se habrá quedado á comer en París, y que probablemente no vendrá hasta mañana. Sirva usted, Julia; comeré solo.

Entró en el comedor, en donde el cubierto de su mujer estaba en la mesa frente al suyo, y con tristeza y muy de prisa se sirvió de los platos que le pusieron delante. Su pensamiento estaba muy lejos de la modesta casita de Saint-Cloud. Se figuraba á Susana sentada en el grande y suntuoso comedor de los Brandón, comiendo con toda ceremonia, y soberbiamente engalanada. La veía sonriente, coqueta, olvidándose de aquel al que hacía poco había parecido comprender, y presa de nuevo en la corriente de los placeres, de la que la había arrancado con tanto esfuerzo. El triunfo de los Brandón se confirmaba: habían conseguido introducir la desconfianza en el corazón de la joven, y

probarle lo frágil que tenía que ser su seguridad y lo precario de su dicha.

El aturdimiento de las alegrías ruidosas iba á turbar de nuevo aquella cabecita ligera y encantadora, y todas las satisfacciones intelectuales, todos los goces morales con los que se había parecido complacer, le parecerían nulos. Una profunda tristeza se apoderó de Derstal. El sueño que con tanta fruición había acariciado, y que tan bien se había empezado á realizar, se desvanecía al chocar con las realidades de la vida. Susana sucumbía á la primera dificultad. Dirigida por Derstal, producía la impresión de una buena voluntad, animada del deseo de libertarse; pero entregada á sí misma, en un momento perdía la facultad de razonar y juzgar. La clara y firme confianza que le habría sido preciso tener para no dudar de Derstal, no había encontrado espacio suficiente para desenvolverse en aquella confianza de niño.

Susana no era culpable de no creer ciegameute en Derstal, como hubiera hecho Eva; pues no tenía medios para mostrarse tan grande y tan generosa. Razonablemente, no se podía pedir á aquel pajarillo picotero, formado para saltar de rama en rama, luciendo coquetamente sus plumas, que se elevase para recrearse en pleno cielo con las águilas. La unión de Derstal y Susana había sido un error del destino. La brillante americana estaba condenada á no comprender nunca

al hombre al lado del cual estaba llamada á vivir. La incompatibilidad moral se afirmaba entre ellos de un modo definitivo. Susana podría ir al día siguiente á tener una explicación con Derstal, darle la razón é instalarse de nuevo en su casa: la vida material volvería á ser común para ellos; pero la vida intelectual no existiría nunca: se querrían, pero no podrían comprenderse.

Pensando en estas cosas, la velada se fué prolongando para Derstal, y fumando y discurriendo con mucha calma y lucidez, se daba cuenta exacta de los errores cometidos y de las responsabilidades en que habían incurrido. Sacó la cuenta de las faltas que correspondían á cada uno: él había pecado por ambición; los Brandón por orgullo. Había deseado participar de su riqueza y su lujo, y ellos, en cambio, habían querido adornarse con su gloria, y recíprocamente se habían engañado. La riqueza y el lujo carecían de valor si no eran adquiridos por el trabajo; la gloria únicamente podía ser estimada por el mismo que la conquistaba. La común decepción tenía forzosamente que tener por resultado una común pérdida de afecto. La unión entre ellos no había sido más que una ilusión engañosa; en aquel momento se había roto, y la ruptura era para siempre.

Los primeros albores del día empezaban á blanquear el cielo, cuando Derstal, rendido por la fatiga, decidió acostarse. Durmió pesadamente, y no despertó hasta las diez, hora en que llegaron

Lavirón y Pinchart. El compositor había puesto al crítico al corriente de lo que sucedía, y en el ferrocarril sólo se habían ocupado de la aventura de su amigo. Con su socrática sinceridad, Lavirón no había vacilado en decir lo que pensaba, y del mismo modo se lo repitió á Derstal:

—Mi querido amigo: no se preocupe usted. La crisis que se ha producido estaba escrita en el libro de la vida, como dice Diderot, y no estaba en su mano evitarla. Llega á su hora, y en el momento preciso para su salvación. En lenguaje popular, y en forma vulgarísima, le traduciré la moral de la historia: «Para el matrimonio son necesarios esposos selectos.» Esto no quiere decir, ni mucho menos, que lo que le sucede no sea triste. Su mujer es encantadora; merece ser querida; pero sufre una inmensa equivocación: en la senda de la vida, no anda al mismo paso que usted. El tiro no está bien aparejado. ¡Esposos selectos! ¡Esposos selectos! Esto es lo indispensable, y esto es precisamente lo que no existe.

Mientras escuchaba al crítico, Derstal se fué vistiendo, y no entabló discusión alguna sobre todo lo que le decía, pues las palabras de Lavirón estaban de perfecto acuerdo con su modo de pensar. Pinchart quiso cambiar la conversación:

—Todavía no nos has dicho qué efecto han producido en Eva Brillant los dos actos de *La Veneciana* que fuiste á hacerla oír.

—Muy bueno—contestó Derstal con indiferen-

cia;—pero habría estado más inspirado no haciéndole oír en su casa mis dos últimos actos....

—Vamos, Oliverio—dijo Pinchart,—no te ruegas la conciencia, pues verdaderamente no hay por qué. Si tu mujer no tiene la suficiente confianza en ti para dejarte seguir tu camino, lo que se produjo ayer se habría producido mañana.... Como dice nuestro querido maestro, estaba escrito; tenía que suceder.... Entre nosotros, para un artista, estar dominado por su mujer es una situación insostenible. La libertad en el desierto, amigo mío....

En el gabinete de Derstal siguieron charlando hasta medio día, y á esa hora se sentaron á la mesa. Estaban en los postres, cuando Julia entró muy agitada.

—Señor, el ayuda de cámara Saturnino llega de París con esta carta de la señora....

Dejó la carta encima de la mesa, al lado de Derstal, y como no salía del comedor, el compositor dijo con perfecta tranquilidad:

—Que descanse ese muchacho, y que espere, pues en seguida le daré la contestación.

En cuanto la doncella hubo salido, rompió el sobre. Leyó lo que Susana le escribía, y sin decir una palabra, tendió la carta á Lavirón; luego, con el codo apoyado en la mesa y la barba en la palma de la mano, se quedó reflexivo. Sus amigos, impresionados por su silencio y su actitud, se inclinaron sobre el papel, en el que con grue-

sos y decididos caracteres estaban trazadas las siguientes líneas: «He reflexionado mucho y he llorado mucho desde ayer, Oliverio. Mi primera intención fué la de no volverte á ver; pero esta mañana me parece que una segunda explicación entre nosotros es absolutamente necesaria. ¿Quieres prestarte á mi pretensión? Me sería muy doloroso volver, sin estar de acuerdo contigo, á la casita de Saint-Cloud, y hacer de nuevo y tan tristemente un camino que la primera vez recorrí con tanta alegría. No me atrevo á suplicarte que vengas á casa de mi madre. ¿Quieres que nos encontremos hoy, á una hora que tú mismo puedes fijar, en la iglesia solitaria y obscura en donde los dos tomamos tan dulces resoluciones? Tal vez, y yo así lo espero, la influencia del santo lugar y la fuerza de recuerdos dichosos obrarán sobre nuestros espíritus para apaciguarlos, y harán que reine de nuevo el acuerdo entre nosotros. Yo no deseo más que oírte y creerte. Estoy destrozada por la lucha que sostengo contra ti, contra los demás y contra mí misma. Ten piedad de mis angustias, y sé para mí todo lo delicado y tierno que eras antes. Ya no sé ni lo que debo hacer, ni lo que debo temer, ni lo que debo esperar. ¿Tendrás la franqueza de decírmelo, si lo sabes? ¿Me quieres aún lo bastante para no pensar más que en mi tranquilidad, no me atrevo á decir en mi dicha? Recibe á la vez mis besos y mis lágrimas.—*Susana.*»

Lavirón movió la cabeza, y fijándose en Derstal, que continuaba inmóvil, dijo:

—Está muy bien esta carta. Yo tengo la seguridad de que es sincera. La mujer que la ha escrito se encuentra desamparada; pide socorro á gritos, y hay que responder á su llamamiento.

—Es lo mismo que yo pienso—replicó Derstal.—Iré á la cita que me pide.

Entró en su gabinete, y en un pedazo de papel escribió estas solas palabras: «Como lo deseas, Susana, á las cinco de la tarde de hoy estaré en San Luis de Autín, y espera encontrar en mí tanta abnegación como grande es la confianza que me demuestras. Tuyo con todo el corazón.—*Oliverio.*»

Fué á la cocina, donde esperaba el ayuda de cámara.

—Entregue usted esta carta á la señora de Derstal. Márchese en seguida y no pierda un solo instante.

—Dentro de una hora la carta estará en manos de la señora.

Derstal volvió á reunirse con sus amigos, que tomaban el aire y fumaban en la terraza; y sin querer preocuparse con la gravedad de la situación en que se encontraba, y dejando que las circunstancias se encargasen de resolverla, se fueron paseando por la orilla del Sena hasta llegar á Suresnes.

Quando llegó al pórtico de San Luis de Autín,

Derstal sintió que le latía con violencia el corazón. Acababa de separarse de Lavirón y Pinchart en el rincón de la calle de San Lázaro. Los alumnos que salían del Liceo se amontonaban en la calle de Caumartin. Miró su reloj y vió que había llegado con cinco minutos de anticipación. Se detuvo un instante para contemplar á aquellos jóvenes, despreocupados y alegres, que riendo y jugando corrían por la acera. La impaciencia le obligó á entrar. Por la nave de la derecha se dirigió hacia la obscura capilla, en donde se había sentado otra vez al lado de Susana, y sintió una repentina turbación al ver que le estaba esperando. La joven vestía de negro, y al oír pasos que se acercaban, volvió la cabeza, y con rápido movimiento intentó levantarse. Apoyando ligeramente una mano en uno de sus hombros, se lo impidió, y sin decir una palabra fué á colocarse junto á ella. Permanecieron unos instantes sin decirse una palabra y sin mirarse; pero adivinando, por el ligero temblor de sus cuerpos, la opresión de sus corazones. Derstal, cogiendo las manos de Susana, las estrechó con dulzura, y dijo:

—Te estoy muy agradecido, Susana, por haber querido oírme. En ello veo una prueba de que no me eres hostil de un modo irremediable....

—¿Yo?—interrumpió la joven con emoción.—Nunca, sábelo bien, Oliverio, he dejado de hacer los más ardientes votos para que nuestra unión no fuese turbada..... Pero, no he tenido yo la culpa.....

—Lo sé, Susana—contestó Derstal con gravedad;—sin tener que sufrir influencias extrañas, hubieras sido la más tierna y la más encantadora de las compañeras. Mientras te he tenido á mi lado sola, y mientras tenías confianza en mí, pensé que podría llegar á apoderarme por completo de tu corazón; pero has tenido que sufrir otras influencias, y todo el terreno que había ganado lo he perdido en un día.....

—Oliverio, ¿estoy condenada á verme disputar constantemente por dos partidos irreconciliables, y no podré esperar un poco de tregua por parte de aquellos en medio de los que desearía vivir tranquila y dichosa?

Ante esta queja tan triste y llena de dulzura, Derstal sintió que su corazón se conmovía con sincero afecto. Fijó en Susana una mirada llena de ternura y compasión, y con calor y convencimiento repuso:

—Querida niña, si yo puedo realizar tu sueño, ten la seguridad de que estoy dispuesto á todos los esfuerzos, á todos los sacrificios para conseguirlo. ¿Qué deseas de mí? Habla; yo no me niego á ninguna concesión. De mi afecto obtendrás todo lo que quieras, mientras no sea la renuncia de mi libertad.

—¿Consentirás en vivir á mi lado, como en otro tiempo?—preguntó tímidamente Susana.

—Los resultados de esa primera prueba han sido demasiado enojosos para que tú misma inten-

tes ponerla de nuevo en práctica. Ya sabes muy bien, Susana, que todo el mal ha venido de esa comunidad con tus padres.

—Sí, lo sé; lo veo y lo comprendo. Estoy decidida á libertarme y á vivir independientemente á tu lado..... Mi fortuna es considerable; mi padre me dotó espléndidamente.....

— Con demasiada esplendidez, Susana — dijo sonriendo Derstal; — y yo deseo que, si llegamos á realizar tu proyecto, el tren de casa que adoptes esté en relación con mi fortuna, no con la tuya. Me sería penosísimo que pareciese que vivo á expensas de mi mujer. Será preciso que te resignes, si quieres ser la digna compañera de un artista, á limitar tus gastos y á dejar con frecuencia bajo llave tus joyas de reina. Pero todo esto yo sé que lo harás.....

— Con todo mi corazón, Oliverio, sacrificaré mi lujo; pero tú, en cambio, ¿qué sacrificio estás dispuesto á hacer?

Había hablado con una agitación que probaba á Derstal la grande importancia de lo que iba á oír. El momento preciso en que la conversación iba á hacerse decisiva había llegado. Después de haber concedido, Susana iba á pedir. ¿Qué concesión tan importante se proponía exigir á su marido para que su voz temblase y su rostro se hubiese cubierto de intensa palidez?

— Esa mujer — repuso Susana haciendo un esfuerzo y sin atreverse á mirar á Derstal, — esa

Eva Brillant, á cuya casa fuiste ayer, y que tanta influencia ejerce sobre ti, la temo y me parece que ha sido y será la causa de todas mis desdichas..... Su recuerdo es lo que siempre está colocado entre nosotros, y su talento es lo que te ha inspirado en tu trabajo. Á ella la tenías en tu pensamiento en cuanto su arte se te imponía, que es lo mismo que decir todos los momentos de tu vida. Es la rival despótica y triunfante, contra la que presiento que tendré que luchar. Y si los lazos que en el porvenir te unan á ella no son carnales, no por esto serán menos poderosos, pues estarán formados por vuestros éxitos comunes. Así, Oliverio, yo no podría vivir obsesionada por la idea de tener que compartirme con otra mujer. Mis alegrías estarían envenenadas; mis esperanzas se marchitarían. Yo no toleraría que me engañases con el pensamiento todas las horas de tu trabajo. Cada vez que la hicieras ensayar me diría: intelectualmente se entrega á ella tanto y aun más que si se entregase físicamente. Sería una tortura demasiado cruel, no podría resistirla.

Derstal la miró con fijeza. Susana estaba arrebatada, temblorosa, febril: sus manos se crispaban; en la sombra sus ojos centelleaban. Apoyándose en cada una de las palabras para hacerse comprender mejor, el compositor dijo:

— En lo que á ella se refiere, ¿qué condición me impondrías?

— Que no la vieses más. Tú exiges que yo te

sacrifique mi familia; sea. Yo quiero que, en cambio, me sacrifiques tu intérprete. Yo me separaré de los míos para vivir contigo y del modo que quieras; pero Eva Brillant no cantará nunca más un papel escrito por ti.

Esto fué dicho claramente, con una franqueza que rayaba en la brutalidad. La americana práctica y resuelta se apareció á los ojos de Derstal. Creyó que oía á los Brandón que le notificaban este ultimátum. Inclino la cabeza, y antes de formular una respuesta, de la que iba á depender todo su porvenir, creyó que le era necesario reflexionar. Le pareció que en la renuncia á la intérprete soberana que había asegurado el triunfo de su obra, se simbolizaba la misma cuestión que era causa de la discordia existente entre Susana y él: en Eva se encarnaba el sueño artístico que debía dominar todo el pensamiento del compositor; en Susana se materializaba el bienestar, lindante con las tranquilas satisfacciones, en las que sus facultades creadoras se habían embotado. Eva era la fuente de fecunda inspiración en donde su imaginación recobraría fuerzas para nuevas obras; Susana era la felicidad tranquila, florida y acariciante, en donde se entorpecería su energía.

En visión rápida se evocó ante él el camino áspero, rudo y sembrado de obstáculos que tantas veces le había mostrado Lavirón, y al final del que se conquistaba la gloria de un modo definitivo. Poderosa, con alas, llevando casco de oro, lo mismo

que una Walkyria guiando hacia las cimas de Walhalla, Eva se le apareció como la inspiradora que le conduciría por los caminos de su brillante carrera hasta la meta del triunfo. Sacrificarla á las tranquilidades fáciles de la vida al lado de Susana, era apartarse de su destino. Desde aquel momento, el partido de Derstal estuvo tomado. En el silencio de la capilla inundada de sombras, como la otra vez cuando había encontrado á Susana en su camino, se resolvió, costase lo que costase, á devolverle su libertad. Con voz sorda y con acento dolorido dijo:

— Gracias, Susana, por haber tenido el valor de la franqueza. De este modo has conseguido que ya no pueda existir ningún equívoco entre nosotros. Las condiciones de nuestra existencia han sido planteadas por ti con una exactitud rigurosa. Tu razón ha sido la que ha hablado. Te voy á contestar con mi conciencia. Nosotros no somos, no hemos sido nunca el uno para el otro. Las condiciones de tu vida no pueden estar nunca de acuerdo con las de la mía, y tratar de conciliarlas sería una locura. Nos hemos convencido cruelmente de ello, fracasando dos veces al intentar compaginarlas. Nos queremos, pero nos haríamos sufrir constantemente, y nuestras existencias no serían más que un gemido prolongado que se bañaría en la sangre de nuestros corazones. Tu generosidad ha sido muy grande al ofrecerme romper con tus gustos y costumbres para amoldarse á mis preferen-

cias y obligaciones. Pero no hay que hacerse ilusiones: no podrías sujetarte á ellas durante mucho tiempo. Nada en las alegrías que yo podría procurarte te compensaría del sacrificio que estás dispuesta á hacerme, porque las satisfacciones que yo podría hacerte gustar son de un género al que no eres muy sensible. Tú no tendrías en mí la ciega confianza que te sería necesaria para vivir tranquila y sin experimentar el horrible tormento de los celos. Hoy me pides que renuncie á Eva Brillant; mañana sería otra cosa la que amargaría la existencia, y de tormento en tormento, de exigencia en exigencia, nos volveríamos á encontrar pronto en el preciso momento en que nos encontramos ahora. La incompatibilidad más completa y absoluta forma entre nosotros un abismo que nunca podremos salvar. Yo sólo vivo de sueños, y tú no concibes más que realidades. Mis mismas heroínas, creaciones de mi cerebro, queridas y acariciadas por mí, se convertirían pronto para ti en rivales odiosas. Te vería desgraciada, y con el fin de consolarte, no tendría más recurso que renunciar á mi arte. Ya sabes adónde me habría conducido esta renuncia: á la desesperación, casi á la locura. Te lo digo, pues, con angustia, pero con sinceridad absoluta: sepárate de mí, querida niña, á pesar de lo que puedas sufrir y de lo que sufriré yo mismo; sólo conseguiríamos hacernos mucho daño. El amor nos había reunido un instante; la razón debe separarnos. La ley de la vida es vivir,

antes que otra cosa, y nosotros no podríamos vivir juntos. ¡Adiós, Susana! Sé dichosa. Ante mis ojos brillará siempre tu imagen. En cada una de mis obras habrá algo que te hará palpar, y será el homenaje supremo de un buen recuerdo por la felicidad que has querido darme. Y cuando más tarde oigas una obra que esté firmada con mi nombre, si alguna frase acariciadora y dolorida resuena en tus oídos agitando tu corazón, podrás decir: «Al escribirla, pensaba en mí.»

Las palabras de Derstal acabaron con un sollozo. Susana, desfalleciente, permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada en el respaldo del reclinatorio. El artista se inclinó; rozó con sus labios su hermosa cabellera, y sin una palabra, sin otro ¡adiós!, se alejó. En el silencio de la nave sus pasos resonaron. Un gemido destrozó el pecho de la joven; recobró el sentido de la realidad, miró á su alrededor y se encontró sola. Derstal, como el fantasma de los días pasados, había desaparecido.

En el mirador de uno de los más hermosos hoteles de Vewpart, Susana, tendida en una mecedora contemplaba abstraída el mar, que á lo lejos formaba sus olas grises. No era el agua azul del Mediterráneo, ornando con ligeras arrugas la blanca arena de la playa; ni las olas verdes, como las algas, que rompen en los peñascos de las costas nor-